

dad de las reacciones parece la amplificación de un buen alumno. Tal otro, excelente y nuevo, no puede leerse con gusto más de una vez. A la segunda parece demasiado evidente; se ha visto todo desde el primer momento, y se aburre uno. He omitido un tercio del pasaje sobre el Acta de Tolerancia, y los espíritus vivos dirán que hubiese debido omitir otro tercio.

La última característica de esa historia, la más singular, la menos inglesa, es que es interesante. Macaulay ha escrito cinco volúmenes de Ensayos en la *Revista de Edimburgo*; y todo el mundo sabe que el primer mérito de un *reviewer* ó de un periodista es hacerse leer. Un recio volumen tiene el derecho de molestar; para algo es recio; su tamaño reclama anticipadamente la atención del que le abre. La sólida encuadernación, el índice simétrico, el prólogo, los capítulos sustanciales alineados como soldados en batalla, todo os ordena coger un sillón, embutiros en una bata, arrimar los pies al fuego y estudiar; es lo menos que debéis al hombre grave que se presenta á vosotros armado de seiscientas páginas de texto y de tres años de reflexión. Pero un periódico que se recorre en un café, una revista que se hojea en un salón por la noche, antes de sentarse á la mesa, necesitan atraer los ojos, vencer la distracción, conquistar á sus lectores. Macaulay se hizo á esa necesidad en tal ejercicio, y ha conservado en la historia los hábitos que adquirió en los periódicos. Emplea todos los medios de conservar la atención, buenos ó discutibles, dignos ó indignos de un gran talento; entre otros, la alusión á las circunstancias actuales. Sabida es la frase del director de una revista á quien Pierre Leroux proponía un artículo sobre Dios. «¡Dios! ¡eso no es de actualidad!» Macaulay aprovecha esa lección. Si nombra un regi-

miento, indica en algunas líneas las acciones de brillo en que ha tomado parte desde su institución hasta nuestros días; y caten Vds. á los oficiales de ese regimiento, acampado en Crimea, en Malta ó en Calcuta, obligados á leer su historia. Cuenta la recepción de Schomberg por la Cámara. ¿A quién le interesa Schomberg? Pero el autor añade al punto que, cien años más tarde, Wellington fué recibido en semejantes circunstancias con un ceremonial copiado del primero y ¿qué inglés no se interesa por Wellington?—Refiere el sitio de Londonderry; designa el lugar que ocupan los antiguos baluartes en la ciudad moderna, el campo en donde se extendía el campamento irlandés, el pozo donde bebían los sitiadores. ¿Qué habitante de Londonderry podrá eximirse de comprar su libro? Al hablar de cualquier ciudad, señala los cambios que ha sufrido, las nuevas calles añadidas, los edificios reparados ó construidos, el aumento del comercio, la introducción de nuevas industrias: he ahí á todos los aldermen y á todos los negociantes obligados á subscribirse á su obra. En otros puntos encontramos una anécdota sobre un actor ó sobre una actriz; y, como los superlativos interesan, empieza por decir que Guillermo Mountford era «el cómico más agradable», que Ana Bracegirdle era «la actriz más popular» del tiempo. Si introduce un hombre de Estado, le anuncia siempre con alguna expresión llamativa: era «el más insinuante», ó «el más equitativo», ó «el más instruido», ó bien «el más furibundo y relajado» de todos los políticos de entonces. Pero sus grandes cualidades le sirven para el caso no menos bien que esos artificios, un tanto visibles, prodigados y burdos. La asombrosa multitud de pormenores, la mezcla de disertaciones psicológicas y morales, de descripciones, juicios, defensas, retratos,

y, por encima de todo, la buena composición y la corriente continua de elocuencia, ocupan y cautivan la atención hasta el fin. Cuesta trabajo acabar un volumen de Lingard y de Robertson; costaría trabajo no acabar un volumen de Macaulay.

He aquí una narración que revela muy bien y en compendio los medios de interesar que emplea y el gran interés que excita. Se trata de la matanza de Glencoe. Empieza por describir el sitio, como viajero que le ha visitado, y le ofrece á la atención de las partidas de *turistas* y aficionados, historiadores y anticuarios, que van de Londres anualmente.

«Mac-Ian residía á la entrada de un barranco situado cerca de la orilla meridional de Lochleven. Próximas á la casa había dos ó tres aldehuelas habitadas por su tribu. La población que gobernaba no excedía de doscientas almas, según se dice. En la inmediación de ese grupito de aldeas había algo de monte bajo y algunos pastos; pero, remontando un poco el desfiladero, no se veía ningún signo de habitación ni de cultivo. Glencoe significa en lengua gaélica valle de las lágrimas; y, en efecto, es el más melancólico y desolado de todos los desfiladeros escoceses. Es realmente el valle de la Sombra de la Muerte (1). Nieblas y tormentas pesan sobre él durante la mayor parte de los más hermosos estíos; y aun en los raros días en que brilla el sol, cuando no hay ni una nube en el cielo, la impresión que deja el paisaje es triste y opresora. El sendero costea un riachuelo que sale del más sombrío y lúgubre estanque de montaña. Por uno y otro lado amenazan grandes muros de roca. Aun en Julio pueden

(1) Alusión á un libro popular: *La Marcha de los peregrinos*, por Bunyan.

distinguirse con frecuencia listas de nieve en las hendeduras, cerca del remate. Montones de ruinas marcan en todas las laderas el furioso curso de los torrentes. En vano busca el viajero con los ojos, milla tras milla, el humo de una choza ó alguna forma humana envuelta en un plaid; en vano escucha para oír los ladridos de un perro de pastor ó el balido de un cordeiro. Milla tras milla, el único sonido que delata la vida es el grito indistinto de un ave de rapiña, posada en alguna almena de roca batida por la tempestad. El progreso de la civilización, que ha trocado tantos yerros en campos dorados de mieses ó animados por las flores de los manzanos, no ha servido más que para aumentar la desolación de Glencoe. Toda la ciencia y toda la industria de una edad pacífica no pueden sacar nada útil de ese desierto; pero, en una edad de violencia y de rapiña, el desierto mismo tornábase útil por el abrigo que ofrecía al bandido y á su botín (1).»

La descripción, aunque muy bella, está escrita en estilo demostrativo. La explica la antítesis final; el autor la ha hecho para mostrar que los habitantes de Glencoe eran los mayores facinerosos del país.

El conde de Stairs, que representaba á Guillermo en Escocia, fundándose en que Mac-Ian no había prestado el juramento de fidelidad en el día señalado, quiso exterminar al jefe y á su clan. No le impulsaba un odio hereditario ni un interés privado; era hombre fino, cortés y amable. Cometió ese crimen por humanidad, convencido de que no había otro medio de pacificar las tierras altas. En esto Macaulay inserta una disertación de cuatro páginas, muy bien escrita, llena de

(1) Tomo VII, pág. 4.

interés y de erudición, cuya diversidad nos sirve de reposo, haciéndonos viajar al través de toda clase de ejemplos históricos y de toda clase de lecciones morales.

«Todos los días vemos hombres que hacen por su partido, por su secta, por su país, por sus proyectos favoritos de reforma política y social, lo que no querrian hacer por enriquecerse ó vengarse á sí mismos. Ante una tentación directa de nuestra codicia ó de nuestra animosidad privadas, se alarma nuestra virtud. Pero la misma virtud contribuye á la caída del que, violando alguna regla moral importante, cree poder hacer un gran servicio á una Iglesia, á un Estado, á la humanidad. Ese hombre acalla las objeciones de su conciencia, y endurece su corazón contra los más conmovedores espectáculos, repitiéndose á sí mismo que sus intenciones son puras, que su objeto es noble, y que hace un pequeño mal por un gran bien. Gradualmente llega á olvidar del todo la infamia de los medios en atención á la excelencia del fin, y consume, sin el menor remordimiento de conciencia, actos que horrorizarían á un pirata. No es de creer que Santo Domingo hubiese impulsado á feroces saqueadores, ni por el mejor arzobispado de la cristianidad, á robar y asesinar á una población pacífica é industriosa; que Everard Digby hubiese hecho volar, por un ducado, una gran asamblea, ó que Robespierre hubiese matado por salario una sola de las personas que mató á millares por filantropía (1).»

¿No se reconoce aquí al inglés, educado entre los ensayos y los sermones psicológicos y morales, que á cada momento traslada alguno, involuntariamente, al

(1) *Ibid.*, pág. 12.

papel? Este género es desconocido en nuestras tribunas y en nuestras revistas; por eso es desconocido en nuestras historias. Entre nuestros vecinos, para entrar en la historia, no hay más que bajar de la tribuna y del periódico.

No traduzco el resto de la explicación, los ejemplos de Jacobo V, de Sixto V, y tantos otros que Macaulay cita como precedentes á favor del conde de Stairs. Sigue una discusión muy circunstanciada y muy sólida para probar que el rey Guillermo no es responsable de la matanza. Manifiesto es que aquí, como en otras partes, el objeto de Macaulay, más que hacer una pintura, es sugerir un juicio. Quiere que tengamos una opinión sobre la moralidad del acto, que le atribuyamos á sus verdaderos autores, y que cada uno de ellos cargue exactamente con su parte, y nada más. Después, cuando se trata de castigar el crimen, y cuando Guillermo, habiendo impuesto una pena severa á los ejecutores, se contenta con destituir al conde de Stairs, Macaulay compone una disertación de varias páginas para juzgar esa injusticia y censurar al rey. Aquí, como en otras partes, sigue siendo orador y moralista; no hay medio de más fuerza para interesar á un lector inglés. Felizmente para nosotros, torna al fin á ser narrador; los detalles menudos que elige entonces fijan la atención y ponen la escena delante de los ojos.

«La vista de los uniformes rojos que se acercaban alarmó un poco á la población del valle. Juan, el hijo mayor del jefe, acompañado de veinte hombres de su clan, salió al encuentro de los extraños, y les preguntó lo que significaba aquella visita. El teniente Lindsay respondió que los soldados iban como amigos, y no pedían más que alojamientos. Se les recibió amis-

tosamente, y se alojaron bajo los techos de paja de la pequeña comunidad. Glenlyon y varios de sus hombres fueron acogidos en la casa de un montañés que se llamaba Inverrigen—nombre del grupo de cabañas sobre las cuales ejercía autoridad.—Lindsay tuvo su alojamiento más cerca de la casa del anciano jefe. Auchinriater, uno de los principales del clan, que gobernaba la aldehuela de Auchnaion, encontró aquí cuarteles para una partida mandada por el sargento Barbour. Los huéspedes tuvieron abundantes provisiones. Comieron vacas, cebadas probablemente en pastos lejanos; no se les exigió pago ninguno: porque, en hospitalidad como en rapiña, los merodeadores celtas rivalizaban con los beduinos. Durante doce días, los soldados vivieron familiarmente con los habitantes del valle. El viejo Mac-Ian, que estaba muy intranquilo, no sabiendo si se le consideraba como súbdito ó como rebelde, parece que vió con placer aquella visita. Los oficiales pasaban una gran parte del tiempo con él y con su familia. Las largas veladas transcurrían alegremente al amor del fuego de turba, gracias á algunas barajas que habían encontrado su camino hasta aquel apartado rincón del mundo, y á algunos frascos de aguardiente francés, que probablemente eran la despedida de Jacobo de sus partidarios de las montañas. Glenlyon parecía muy encariñado con la sobrina del anciano jefe y con su marido Alejandro. Todos los días iba á su casa para beber el traguito matinal. En el interin observaba con escrupulosa atención todos los caminos por donde pudiesen tratar de huir los Macdonalds cuando se diese la señal de la matanza, y enviaba á Hamilton el resultado de sus observaciones...

«La noche era cruda. Muy tarde ya cruzó por las

mientes del hijo mayor del jefe la vaga sospecha de que se intentaba algo malo. Los soldados se hallaban evidentemente en un estado de agitación; y algunos de ellos proferían gritos singulares. Según se dice, se oyó cuchichear á dos hombres: «A mí no me gusta esta faena.» Uno de ellos murmuró: «Yo me alegraría de luchar con los Macdonalds; pero, ¡matar á hombres en su cama!»—«No hay más remedio que hacerlo que nos mandan; si hay algo de malo en ello, eso es cosa de nuestros oficiales.» Juan Macdonald estaba tan intranquilo, que poco después de media noche se fué al alojamiento de Glenlyon. Glenlyon y sus hombres estaban en pie, y parecían preparar sus armas para una acción. Juan, muy alarmado, preguntó por qué aquellos preparativos. Glenlyon se deshizo en protestas amistosas. «Merodea por el país gente de Glengarry, y nos preparamos para marchar contra ella. Vds. están bien seguros. ¿Le parece á V. que, si corriesen algún peligro, no hubiese yo avisado á su hermano Sandy y á su mujer?» Calmadas sus sospechas, Juan volvió á su casa, y se acostó.»

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, asesinaron al anciano jefe, y fusilaron á sus hombres en la cama ó sentados á la lumbre. Hubo mujeres degolladas; á un niño de doce años, que pedía la vida de rodillas, le mataron; los que habían huido medio desnudos, las mujeres y los niños, sucumbieron de frío y de hambre en medio de la nieve.

Esos pormenores precisos, esas conversaciones de soldados, esa pintura de las veladas al amor de la lumbre, dan á la historia el movimiento y la vida de la novela. Y, sin embargo, el historiador sigue siendo orador, porque ha escogido todos esos hechos para evidenciar la perfidia de los asesinos y el horror de la

matanza, y se servirá de ellos después para pedir, con todo el poderío de la pasión y de la lógica, el castigo de los criminales.

Así, esa historia, cuyas cualidades parecen tan poco inglesas, lleva siempre la marca de un talento verdaderamente inglés. Universal y continua, envuelve todos los hechos en su vasta trama sin dividirla ni romperla. Desenvuelta y copiosa, aclara los hechos oscuros y abre á los más ignorantes las cuestiones más complicadas. Interesante y variada, atrae la atención y la conserva. Tiene vida, claridad, unidad, cualidades que parecían enteramente francesas. Diríase que el autor es un vulgarizador como M. Thiers, un filósofo como M. Guizot, un artista como M. Thierry. La verdad es que es orador, y orador á la manera de su país; pero, como posee en el más alto grado las facultades oratorias, y las posee con un sello y con instintos nacionales, parece suplir con ellas las facultades que no tiene. No es verdadero filósofo: lo prueba de sobra la medianía de sus primeros capítulos sobre la historia antigua de Inglaterra; pero la fuerza de su razonamiento y sus hábitos de clasificación y de orden dan unidad á su historia. No es verdadero artista: cuando hace una pintura, piensa siempre probar algo; inserta disertaciones en los puntos más interesantes; no tiene gracia, ligereza, vivacidad ni finura, sino una memoria asombrosa, una cultura enorme, una pasión política ardiente, un gran talento de abogado para exponer y defender todas las causas, un conocimiento preciso de los hechos menudos que atraen la atención y producen la ilusión, que diversifican, animan y dan calor á un relato. No es simplemente vulgarizador: es demasiado fogoso, pone demasiado empeño en probar, en conquistar creencias, en abatir á sus adversa-

rios, para tener el límpido talento del hombre que explica y expone sin otro fin que el de explicar y exponer, que por doquiera derrama luz, y en ninguna parte infunde calor; pero se halla tan bien pertrechado de detalles y de razones, siente tanta avidez de convencer, y despliega tal riqueza de desarrollos, que no puede menos de ser popular. Por esa amplitud de cultura, por esa pujanza de razonamiento y de pasión, ha producido uno de los libros más hermosos del siglo, manifestando el genio de su pueblo. Esa solidez, esa energía, esa profunda pasión política, esas preocupaciones morales, esos hábitos de orador, ese poder limitado en filosofía, ese estilo un poco uniforme, sin flexibilidad ni suavidad, esa seriedad eterna, esa marcha geométrica hacia un fin señalado, anuncian en él el espíritu inglés. Pero si es inglés para nosotros, no lo es para los suyos. La animación, el interés, la claridad y la unidad de su relato les asombran. Les parece brillante, rápido, atrevido; es, dicen, un espíritu francés.

Lo es, sin duda, en varios puntos: si entiende mal á Racine, admira á Pascal y á Bossuet; sus amigos dicen que leía diariamente á Mad. de Sevigné. Más aún: por la estructura de su espíritu, por su elocuencia y su retórica, es latino, en términos que la armazón interior de su talento le coloca entre los clásicos; sólo es de su raza por su viva adhesión al hecho particular, complejo y sensible, por su energía y su rudeza, por la riqueza un poco pesada de su imaginación y por la intensidad de su colorido. Como Addison y Burke, parece un ingerto extraño alimentado y transformado por la savia del tronco nacional. En todo caso, este juicio es la marca más acentuada de la diferencia entre los dos pueblos. Para acercarse á

sus vecinos, un francés tiene que hacer dos viajes. Cuando ha salvado la primera distancia, que es grande, aborda á Macaulay. Que se reembarque; necesita emprender una segunda travesía, no menos larga, para llegar á Carlyle, por ejemplo, á un espíritu profundamente germánico, al verdadero suelo inglés.

CAPÍTULO IV

La filosofía y la historia. Carlyle.

Puesto excéntrico é importante de Carlyle en Inglaterra.

§ 1.º—SU ESTILO Y SU ESPÍRITU.

- I.—Sus rarezas, sus oscuridades, sus violencias.—Su imaginación, sus entusiasmos.—Sus crudezas, sus bufonadas.
- II.—El *humour*.—En qué consiste.—Cómo es germánico.—Pinturas grotescas y trágicas.—Los dandies y los ganapanes.—Catecismo de los cochinos.—Extrema tensión de su espíritu y de sus nervios.
- III.—Qué barreras le contienen y dirigen.—El sentimiento de lo real y el sentimiento de lo sublime.
- IV.—Su pasión por el hecho exacto y probado.—Cómo escudriña los sentimientos extinguidos.—Vehemencia de su emoción y de su simpatía.—Intensidad de su creencia y de su visión.—*Pasado y presente. Cartas y discursos de Cromwell*.—Su misticismo histórico.—Grandeza y tristeza de sus visiones.—Cómo figura el mundo según su propio espíritu.
- V.—Todo objeto es un grupo, y toda la obra del pensamiento humano es la reproducción de un grupo.—Dos maneras principales de reproducirle, y dos especies principales de espíritus.—Los clasificadores.—Los intuitivos.—Inconvenientes del segundo procedimiento.—Cómo es oscuro, aventurado, desprovisto de pruebas.—Cómo lleva á la afectación y á la exageración.—Durezas y presunción que provoca.—Ventajas de ese género de espíritu.—Es el único capaz de reproducir el objeto.—Es el más favorable para la invención original.—Qué empleo hace de él Carlyle.